

1907-2007: LECCIONES DE UN CENTENARIO**Juan Carlos Yañez Andrade**

jcyanez@ulagos.cl

Universidad de Los Lagos

Este conflicto [capital-trabajo], inevitable y en ningún caso regulable por la vía del derecho, se puede canalizar, ciertamente, a través de la vigilancia organizada, el control, la impartición de instrucciones, la inspección, etc., pero no se puede silenciar como 'tal' el conflicto.

Claus Offe, 1984

Introducción

Diversos estudios de historia social han descrito, desde diferentes perspectivas, las relaciones existentes entre el mundo popular y la elite, especialmente hacia fines del siglo XIX. Todos han destacado el miedo que tenía la elite al mundo popular: El temor a los "rotos alzados", a la "degeneración de la raza", a la "masa inorgánica", a la "plebe", a la "chusma", a la "criminalidad", a los "malentretrenidos", etc.¹ Conceptos que buscan definir y, con ello, fijar la fuente del temor, pero sin lograr explicarlo. Para algunos historiadores, los hechos de 1907 se explicarían por el temor, el miedo parido de la elite al pueblo.² Al respecto no tenemos que olvidar que la matanza se produce en el contexto de una huelga, es decir una paralización de faenas en una actividad que no era cualquiera, sino el motor de nuestra economía, como era la industria salitrera.

Es decir es en torno a la huelga de 1907, y como es concebida en la época, donde se movilizan los prejuicios de la elite con respecto al mundo popular, y son esos prejuicios los que sirven para justificar los hechos posteriores.

La huelga como preludio de la matanza

¿Cómo se entendía la huelga hacia comienzos del siglo XX? De acuerdo al Diccionario de la Real Academia Española (RAE), la palabra huelga proviene de holgar. Agregando que es el espacio de tiempo en que uno está sin trabajar. A continuación aclara que la huelga no es cualquier paralización, sino "la interrupción colectiva del trabajo con el fin de imponer ciertas condiciones o manifestar una protesta".³

¹ Dentro de estos estudios podemos nombrar: Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios* (Santiago de Chile: Ediciones Sur, 1985); Julio Pinto, *Trabajos y rebeldía en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la configuración de las identidades populares* (Santiago de Chile: Ediciones Universidad de Santiago, 1998); Sergio Grez, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago de Chile: Ediciones Dibam, 1997); Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1997). Sobre el impacto de la "cuestión social" en los sectores dirigentes, Gonzalo Vial, *Historia de Chile* (Santiago de Chile: Editorial Portada, 1981)

² Eduardo Devés, *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María de Iquique, 1907* (Santiago de Chile: Ediciones Documentas, 1987); Pablo Artaza, et. al., *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique* (Santiago de Chile: Lom Ediciones, 1998)

³ *Diccionario de la Real Academia Española* Edición XXI (Madrid: Real Academia Española, 1992), 1128-1129

El concepto de holgar, significa descansar, tomar aliento después de una fatiga. Pero también significa estar ocioso, no trabajar. Otra acepción, dice relación con las cosas inanimadas, que están sin uso, lo que sobra, lo inútil. Por último, holgar significa también alegrarse de una cosa, estar relajado.

Ahora, si uno busca en el mismo diccionario de la RAE la palabra huelgo, dice que proviene de holgar. Agregando que es el aliento, la respiración, el resuello. También es la holgura, la anchura de algo. El espacio vacío que queda entre dos piezas que han de encajar una en otra. Tomar huelgo, es parar un poco para descansar, resolando libremente el que va corriendo, extendiéndose tal acepción a otras cosas o trabajos en que se descansa un rato para volver a ellos.

De la palabra holgar proviene la acción de holgazar, que significa estar ocioso y de ahí el sujeto de holgazán que “es la persona vagabunda y ociosa que no quiere trabajar”.⁴

Lo interesante es que de la palabra huelga proviene la palabra juerga, que es la diversión bulliciosa de varias personas. Por extensión, dice la RAE, el jolgorio, la parranda y la jarana.

Ahora, de acuerdo al Diccionario Crítico Etimológico de Corominas, la palabra huelga, huelgo y holgar, proviene de huélfago que es la “enfermedad de las caballerías y de las aves de caza, que las hace respirar con dificultad y de prisa”.⁵

Así, desde un comienzo en nuestro idioma español, a la palabra huelga estuvieron asociadas a los menos tres acepciones: En primer lugar, el descanso, el reposo, frente a la fatiga del trabajo extenuante. Es la respuesta organizada por parte de un grupo de personas frente a la explotación de la fuerza de trabajo. En segundo lugar, en una visión más crítica, la huelga fue entendida como la oportunidad que aprovecha el holgazán para no trabajar, para no ser productivo. Es decir, un ser inútil, inanimado. Por último, la huelga podía ser vivida como una fiesta, la alegría que emana de la sociabilidad popular, o ser criticada, precisamente, por los excesos de bullicio, de jarana, de desorden, que algunos percibían en estas manifestaciones.

La distancia social

Me parece que lo que estuvo presente en la Escuela Santa María de Iquique fue la movilización de una serie de prejuicios en torno a la paralización de faenas, prejuicios que nacen del desconocimiento que la elite tiene del mundo popular.

Este desconocimiento, nace de la distancia social que se va imponiendo a lo largo del siglo XIX entre los sectores populares y la elite. Los espacios tradicionales del mundo compartido comienzan a desaparecer a fines de ese siglo, reflejado en la segmentación de la ciudad de Santiago.⁶ Las oficinas salitreras, las minas del carbón, los puertos, las industrias, fueron también espacios propicios para la sociabilidad popular y el desencuentro trabajador-patrón.

La distancia social y cultural conlleva al desconocimiento. ¿Quiénes conforman el mundo popular? ¿Qué desean? ¿Hacia dónde van quienes deambulan por la ciudad? ¿Cómo viven? Son preguntas que comienzan a surgir a fines del siglo XIX. De hecho hay una pregunta que da título a un libro y que resume todas las dudas que la elite tuvo sobre el mundo popular: “¿Qué hacer con los pobres?”.⁷ No es casual que después de cada crisis, conflicto o movilización (1903-1905-1907) hayan surgido voces preocupadas por conocer el mundo popular.

⁴ Es interesante destacar que las estadísticas laborales que incorporan la noción de cesantía a partir de fines del siglo XIX, señalan de forma explícita que para que un individuo sea considerado cesante no debe estar solo sin ocupación, sino también debe estar buscando un empleo. Es decir, el holgazán o vagabundo, técnicamente, no es un desempleado

⁵ J. Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua española* Vol. II (Madrid: Editorial Gredos, 1954), 966

⁶ Armando de Ramón, “Santiago de Chile (1850-1900). Límites urbanos y segregación espacial según estratos”, *Revista Paraguaya de Sociología* 42-43 (1978)

⁷ Romero, *¿Qué hacer*

Después de la huelga portuaria de 1903 emergen en la Cámara de Diputados propuestas de creación de organismos que investiguen las condiciones de vida y trabajo de los sectores populares, lo que va a conducir a la creación de la Oficina del Trabajo en 1907.

En 1904 se conforma la primera Comisión Parlamentaria encargada de estudiar las condiciones de trabajo en el norte salitrero. La modalidad de visita parlamentaria ya había sido implementada por la Inglaterra del siglo XIX y se veía como la mejor forma, frente a la ausencia de una estructura administrativa en las zonas alejadas del país, de recabar información de primera mano sobre las condiciones de vida obrera. La idea era que a partir de esas visitas se recogieran las impresiones más vivas y detalladas del problema a investigar, sirviendo como base a la dictación de leyes sociales.

En 1905 se produce otra movilización popular, conocida como la “semana roja”,⁸ lo que influyó en la formación de la primera Comisión de Legislación Social en la Cámara de Diputados para estudiar algunos proyectos de ley.

Los prejuicios

Como decíamos anteriormente en la distancia social se refuerzan los prejuicios: Nociones e ideas que nacen algunas veces de experiencias reales, pero que no requieren ser constantemente sometidas a pruebas contrafactuales. Y ahí surge la caracterización típica del mundo popular: Como son vagabundos son sujetos proclives a la mendicidad, entonces caerán fácilmente en la criminalidad; viven al día, por lo tanto se caracterizan por la imprevisión; son sujetos sin pasado, sin futuro, es decir sin identidad reconocida; dilapidan todos sus ingresos, es decir no tienen capacidad de ahorro, etc.

No es que los sectores dirigentes hayan desconocido la capacidad laboral de los sectores populares. Lo que se ponía en duda era la predisposición a él: Esa capacidad debía ser constantemente puesta a prueba.

Lo que ocurre en las movilizaciones de 1903, 1905 y 1907, es la confirmación de los prejuicios que la elite tenía del mundo popular. Abandono de faenas, paralización del trabajo, manifestaciones callejeras, las demandas y petitorios, todo es la demostración de algo básico: El mundo popular no es confiable. Entonces lo que marca la relación entre el mundo popular y los sectores de la elite es la *desconfianza*.

En general las referencias contemporáneas concuerdan que la huelga de 1907 era un atentado al orden público. Para la elite lo que representaban los huelguistas era un rechazo al orden burgués, a la ética del trabajo, asimilando a los obreros paralizados la condición de vagabundos, mendigos y —a un paso— criminales. Si a eso se le agrega la marcha de los peones salitreros hacia Iquique, y su reunión en la Escuela Santa María, todas acciones no autorizadas —es decir no reconocidas por la autoridad—, se configura el cuadro por el cual los huelguistas realizan un acto de verdadera insubordinación. De ahí el calificativo de turba que en algunos momentos se le asignó a la reunión de los huelguistas y las ironías que la autoridad lanzó a las organizaciones que éstos se dieron: El “Comité” y la “Asamblea”.

Por ello, en la forma clásica de gestionar las crisis, era el ejército el primero en llegar a una huelga. El orden era restaurado por las bayonetas, no sólo porque ellas marcaban una posición de fuerza difícil de negar, sino porque el orden se avenía bien con las armas. Cualquier solución y negociación se hacía bajo la lógica de la imposición. Las modalidades de “intervención social” en este contexto, se rodean de eufemismos y artilugios que buscan darle un aire más inocuo a un hecho cuestionable moralmente. Por ejemplo, los planteamientos de las autoridades sobre la importancia de “restaurar el orden” en Iquique, colocó el centro de la discusión en el mantenimiento del orden como objetivo central de toda política, y, estratégicamente, permitió quitar la atención

⁸ Mario Garcés, *Crisis social y motines populares en el 1900* (Santiago de Chile: Lom Ediciones, 2003)

sobre las demandas de los trabajadores salitreros. De ahí en adelante se pudo justificar todo acto represivo, calificando de criminal al movimiento popular y colocando como fin superior el orden.

Es por eso que el General Silva Renard no vio en la multitud de pampinos reunidos en la Escuela Santa María de Iquique a trabajadores que hacían un alto en la faena diaria para tomar un merecido descanso —siguiendo algunas acepciones del concepto de huelga—; ni tampoco una fiesta, la alegría de compartir un espacio común. Menos un derecho posible de ser consagrado a los trabajadores. Lo que vio era un atentado al orden social, a la productividad, era la reunión de ociosos, de holgazanes que no querían trabajar.

En cierta medida, con estos prejuicios, la suerte estaba echada para los pampinos.

Conclusiones

Para concluir quisiera dejar planteada una pregunta que da sentido al título de mi ponencia:

¿Qué lecciones podemos sacar de este centenario de la matanza en la Escuela Santa María de Iquique?

Para mí son sorprendentes los puntos de encuentro entre la sociedad chilena de comienzos del Siglo XX y la sociedad de comienzos del Siglo XXI. Quizás esto explique el aumento de publicaciones históricas sobre este periodo:

- Una sociedad exitista con respecto a sus logros económicos, aunque estos se centren en un producto de exportación primario: Ayer el salitre, hoy el cobre.
- Una sociedad que avanza en materias de conquistas políticas formales, pero que no avanza en materia de igualdad de oportunidades y mejoras en la distribución de los ingresos: Ayer la “cuestión social, hoy los índices de pobreza.
- Una sociedad autocomplaciente con respecto a su régimen político: Ayer el régimen parlamentario, hoy el presidencialista.
- Una sociedad fuertemente segmentada socialmente, con grandes prejuicios en torno a los pobres y la pobreza: Ayer los pobres lo eran porque eran flojos, hoy porque son tontos.
- Una dirigencia, a nivel político, cultural, económico, educacional, que frente a cualquier movilización social (como la de los estudiantes hace un par de años), se paraliza preguntándose —como lo hizo la sociedad de comienzos del siglo XX frente a los sectores populares— ¿quiénes son estos sujetos? ¿qué desean?

Pero lo más preocupante es la masificación del fenómeno de la violencia, como respuesta a todos los conflictos o para evitar los conflictos: Violencia de género, juvenil, escolar, racial; violencia en los estadios, en las poblaciones, en la televisión; violencia como forma de manifestar los derechos o silenciarlos. Es cierto que mucha de esa violencia está magnificada por la masificación de los medios de información, suerte que no tuvieron los pampinos de 1907.

Con esta reflexión he querido simplemente llamar la atención sobre el hecho de que las posibilidades de enfrentar el fenómeno de la violencia se reducen peligrosamente cuando los miembros de una sociedad (trabajadores-patrones; profesores-alumnos; hombres mujeres, etc.) piensan que sus acciones están encaminadas de forma natural e irreversible a chocar de forma violenta.